



ACTO SEGUNDO

En el mismo gabinete que el acto anterior. Es media tarde, pero las cortinas del mirador están echadas y encendida la luz eléctrica. Al empezar el acto, TRINI concluye de cantar una copla flamenca, acompañándose ella misma con la guitarra. El MANITAS, profesor de baile y canto andaluz, aprueba doctoralmente, mientras SOLER, que ha ido receloso a escuchar a la puerta de la izquierda, vuelve ya tranquilo y jalea entusiasmado a su prima.

SOLER No viene nadie... Es que está uno un poco nervioso. De todos modos acaba la copla, que no noten hoy diferencia con los otros días. (Trini, que ha estado rasgueando en la guitarra, hace, al mismo tiempo que responde, un ademán de preocupación y nerviosismo.)

TRINI Sí.
MANITAS Mu bien la farseta; a ver ahora la vó... Sentimiento, entrañas; a ver.

TRINI (Cantando.)

Pa que pagues lo qu'has hecho,
t'has de ver como la Virgen
¡yeno e puñales er pecho!

MANITAS ¡Pero que mu bien!

SOLER ¡Ole, ole, ole!

MANITAS Vaya si está en punto la niña. Más moños va a quitar q'un convento.

TRINI Se me aguan los ojos al cantar.

MANITAS Eso es corasón.

TRINI ¡Pensar que voy a hacer lo que voy a hacer, que esta casa no voy a volver a verla más!

SOLER ¿Ahora sales con esas?... Arrepiéntete cuando está todo hecho.

TRINI Si no me arrepiento.

MANITAS Más dinero va a ganar usted qu'er Guerra, prenda.

SOLER Es lo que yo le digo: con esa voz...

MANITAS Y con ese parmito.

SOLER Y con su abolengo, porque ¿es que no es nada poner en el cartel: «La nieta de la Bella Española»?

TRINI Yo no quisiera ponerlo: si quedo bien, que sea por mí.

MANITAS ¿Qué dise usted? ¡Vaya si hay que poné el abuelengo en los carteles! Poné la Bella Española es como poné la Tortajada, como nombrá a Lagartijo si se trata de toros, como...

SOLER De lo que se trata es de no perder tiempo, que va a llegar Peregrina a darnos la hora como un bedel de Instituto.

MANITAS También he dao clase en un Instituto de belleza; no vayáis a figurarse que uno es de esos improvisaos.

TRINI (Levantándose con prontitud nerviosa.) Bueno, está dispuesto todo, ¿no es eso?

SOLER Desde hace rato espera el automóvil de Pineda detrás de la iglesia del Carmen.

TRINI Allí me bautizaron.

MANITAS Pos allí mismo la casarán a usted con un príncipe o con un diputao, que tóo se lo merese ese cuerpo.

TRINI Allí se casará mi hermana con su archivero: lo que es yo...

SOLER Esta no es de las que se casan, Manitas: y no se casa por no estropear su arte, porque el arte es un sacerdocio... Partidos no la faltan, pero ella los da de limosna... Que lo diga su hermana si no.

TRINI No, eso...

- SOLER La verdad en su punto. Tú dices que no, porque te caes de buena. (A El Manitas.) Pero todo el mundo sabe que el archivero venía por ésta, y que la otra, que es muy mansita, pero que no tiene el corazón de ésta...
- TRINI Deja eso...
- SOLER Y es la comidilla de Valleclaro, y no niegues que más de cuatro indirectas has oído en la calle, y que llevas ya metida más de un mes aquí, sin salir ni a misa, por no oírlas, y que el otro día las de Romeral pagaron a unos chicos para que vinieran a cantártelo bajo los balcones... Menos mal que ahora vas a tener libertad. En Madrid ya está todo listo para el debut. Si no puede ser la marcha esta noche, mañana temprano al ir a misa es seguro... Ya está el paquete de ropa que me diste en el auto. (Trini suspira.) No suspires así. Cada vez que te veo ponerte cursi, me da miedo de que vayas a hacernos una pifia.
- TRINI Menudo escándalo.
- MANITAS ¡Menúo éxito!
- TRINI No, si estoy decidida, si no lo siento por mí ni por Valleclaro... ¡Poco gusto que me va a dar que vean mi nombre en los periódicos y negarle después el saludo a los pollos líquidos de aquí; pero lo siento por mamá y por papá, que ni siquiera sospechan! Escaparme así...
- SOLER Eres mayor de edad.
- TRINI Por eso hubiera sido mejor hablar claramente.
- SOLER Para que te hubieran venido con lagrimitas y te hubieran cortado el porvenir. Además, no puede decirse que te escapas: te vas con dos hombres, que no es igual que irse con uno: te vas con tu profesor y con tu primo, casi con tu her-

- mano. ¿No es así? Y te vas hacia la fortuna, hacia la gloria.
- TRINI Y ese señor que me hace debutar y te presta el automóvil, ¿es un caballero? Tú sabes lo que hemos hablado.
- SOLER ¿Cuántas veces te lo he de decir? Se trata de una persona correctísima; de otro modo...
- MANITAS Carcule usted que ha sido menistro.
- SOLER ¡Manitas!... Pineda es, chica, más que un caballero; es, a ver si te lo digo bien, un Mecenas, un amigo del arte.
- TRINI Me parece que oigo la voz de Peregrina. Fué a la estación a buscar un encargo de Hidalgo.
- MANITAS Más le temo yo a esa criá que a un Miura.
- SOLER Vaya a vigilar a la puerta.
- MANITAS Pa mí que está una miaja escamá. (Sale por el fondo.)
- SOLER Me parece que tu madre tiene también la mosca en la oreja. Hemos hecho bien en adelantar la cosa.
- TRINI Pues lo que es Angelita... Si supiera que iba a perjudicarla...
- SOLER ¡Qué has de perjudicarla, mujer! No se paró ella tanto en ver si te perjudicaba a ti. ¡Ese imbécil de archivero se casa, vaya si se casa! Como que me consta que ha pedido ya los papeles. (El Manitas vuelve despavorido.)
- MANITAS ¡Er Miura que sube!
- SOLER Aún tiene que llamar a la puerta.
- TRINI No, que lleva el llavín.
- SOLER A ver entonces: queda todo dicho, ¿no es eso?
- TRINI Sí, sí.
- SOLER Ya sabes: tú te escapas en cuanto puedas, y tomas la calle de Jesús, que está solitaria... Es un automóvil color tabaco; como siempre hay turistas en el Carmen, y además aquello está obscuro, no choca y nadie te verá subir. Si a las siete no

has ido es que tenemos moros en la costa y que se deja para mañana temprano... Así, teniendo dos combinaciones, no ha de fallar. Si no vas, a las siete y media vengo yo aquí con pretexto de coger la guitarra... Mira: si tienes el alfiler puesto en el cuello es que ha pasado algo, y si no, que mañana por la mañana... De todos modos, si puede ser esta tarde, mejor.

TRINI Bueno.

SOLER ¿Irás sin miedo?

TRINI Sin miedo.

MANITAS Está usted mejor templá que mi guitarra. Así se hace.

SOLER (A Trini) ¿Y eso, tú?

TRINI (Sacando un paquetito del seno.) Aquí están: van las dos sortijas y el relicario... Haz que podamos sacarlo después, que son recuerdos.

SOLER Descuida... Ya abre. (A El Manitas.) Haga usted como que acaba la lección, para disimular.

MANITAS (En tono natural para ser oído por Peregrina.) La derecha más arqueá: y la izquierda que pise los trastes limpiamente... Así... Verá usted como suena mejor.

(PEREGRINA ha asomado desde hace un momento por el fondo y entra al pronunciar El Manitas las últimas palabras. Su aire es el de un sabueso que olfatea algo oculto.)

PEREGRINA. Santas y buenas... Y eso que aquí no parece de día... Ya se nota que no paga usted las cuentas de luz eléctrica, señor Soler.

SOLER Es que como las de enfrente no hacen más que mirar y reírse, convinimos tío Federico y yo...

MANITAS Viven ustedes en un pueblito que ya, ya...

PEREGRINA. Con no hacer na estaba tóo listo. (Apagando la luz y descorriendo las cortinas del mirador.)

A mí me gustan las cosas a la luz del sol.

SOLER También se echan las cortinas y se enciende cuando Angelita se sienta aquí a hablar con su novio, y entonces no dice usted nada.

TRINI ¡Eso de tener que esconderse hasta para respirar!...

PEREGRINA. (Al ver las señas que hace El Manitas a Soler indicándole la conveniencia de irse.) ¿Qué le pasa a usted? Parece usted un saltamontes con el mal de San Vito.

MANITAS No me pasa ná, señora mía.

PEREGRINA. Señora de usted, no lo quia Dios.

SOLER (Con irónica amabilidad.) Siempre ofendiendo.

PEREGRINA. (Dándole a Trini el paquete que trae.) También viene algo pa ti en este paquete, que es mu generoso el que va a ser tu cuñao... Un hombre de los que se ven pocos, señor Soler. (De nuevo a Trini.) Ven pa dentro, que lo abramos toas juntas.

SOLER Nosotros nos vamos. (A Trini.) No olvides eso y dale recuerdos a tío Federico.

TRINI Sí, sí.

MANITAS Güenas tardes.

SOLER (Con señal de inteligencia a Trini.) Hasta pasado mañana.

PEREGRINA. Menos mal que hay un día de vacío entre ca lección: si no, iba yo a reventar.

SOLER Pero, ¿se puede saber qué tiene usted contra mí, señora? ¿No le he pagado yo religiosamente?

PEREGRINA. Sin cobrar me hubiera quedao más a gusto, que hasta el dinero de usted me parece falso... Y ustedes son los que me tienen así a esta paloma tan cavilosa, que se me ha quedao hasta flaca... ¡Y aquí hay gallo tapao y yo haré que cante! (Trini, casi a punto de llorar, sale nerviosamente por la izquierda. Soler y El Manitas empiezan a batirse en retirada.)

SOLER Es usted quien la pone nerviosa.

PEREGRINA. ¿Yo?... Como a hija la quiero; pero si

- lo fuera mismamente, ya habrían terminado las maldecias lecciones; que pa mí que es la guitarra la que le da esa tristeza y ese no dormir y eso de reirse tan pronto a carcajás como estarse llora que te llora.
- SOLER Vámonos, que va a haber sermón.
- PEREGRI. Abusa de que el señorito Federico es así, que no sabe negarse a ná.
- SOLER Buenas tardes, señora.
- MANITAS Salú. (Soler y El Manitas salen por el fondo, dejando furiosa a Peregrina.)
- PEREGRI. ¡Mal rayo que os parta, so gandules!... ¡Ay si me los encontrara yo de noche en una callecita obscura!... (Va hacia la izquierda cuando llega, por la misma puerta que ha salido Trini, ANGELITA.)
- ANGELITA ¿Qué le pasa a Trini?
- PEREGRI. Ésos, que nos la están volviendo loca.
- ANGELITA No sé lo que tiene conmigo; parece que me huye. Desde ayer casi ni me habla.
- PEREGRI. Si me dejaran a mí...
- ANGELITA Conforme se acerca mi boda se pone más triste. Sí, sí, salta a los ojos. ¿Crees tú, Peregrina, que hago mal en casarme? ¿Tú crees que Trini pueda echarme en cara alguna vez?...
- PEREGRI. ¡Quita d'ahí, mujer!
- ANGELITA Tú sabes que al principio todos se figuraron que Antonio venía por ella.
- PEREGRI. Ciego había que estar; del primer día que vino aquí yo bien que me supe por quién venía.
- ANGELITA De todos modos, Trini no está conmigo como antes: algo le pasa.
- PEREGRI. Y yo he de saberlo o me cambian el nombre. Y a la calle me voy, que la hija de mi madre tiene metía una idea en la cabeza y esa se ha de ver.
- ANGELITA Mira, toma esta carta y llévasela en seguida al señorito Antonio. (Al ver la extra-

- ñeza de Peregrina.) No creas que es nada: es dándole las gracias por el regalo.
- PEREGRI. Bueno. (Mirando hacia la izquierda.) Pa aquí viene Trini otra vez; ni sosiego tié pa estarse tranquila en un sitio. Aprovechate ahora pa hablarla.
- ANGELITA Sí: no dejes de llevar la carta en seguida.
- (Peregrina se marcha por el fondo. Angelita finge arreglar algo sobre el costurero, y en seguida entra TRINI, que va cautelosamente hacia la puerta de salida; cuando Angelita le habla, Trini tiene un sobresalto y vuelve contrariada al centro de la escena.)
- ¿No te ha gustado el corte de vestido? Lo han bordado unas monjas del pueblo de Antonio.
- TRINI Sí, está bonito.
- ANGELITA Si no te gusta, te lo cambio por el mío; a mí me da igual.
- TRINI ¿No ha de gustarme? Puedes decirle a tu novio que se lo agradezco de veras.
- ANGELITA Has dicho «tu novio» de un modo...
- TRINI No iba a decir el mío.
- ANGELITA Trini, óyeme; sé franca: ¿tú qué tienes?
- TRINI Nada; ya ves, que me resigno con mi suerte. Tú tendrás tu marido sabio que escribe en latín, tendrás tu casa y tus hijos, mientras que yo... yo, por lo visto, debo pudrirme aquí y que me llamen señorita a los cincuenta años como a doña Julia Cortés.
- ANGELITA ¿Por qué me hablas así? ¿Por qué no hablas claro?
- TRINI Más claro, agua.
- ANGELITA Me asustas; quisiera descubrir lo que piensas; ver dentro de ti como otras veces.
- TRINI No verías más que desesperación. Bien sé que no me creeréis justa, pero cada una tiene su genio y debe tener su vida además. ¿Qué queréis? ¡Que se sufra en

silencio, que se rabie y se muera en silencio!... Para eso sería mejor que me metiera monja de una vez. Mira, con esa tela del vestido que Antonio me regala podía hacerme la toca. (Cogiendo de sobre la mesa la tela que ha traído Angelita y envolviéndose la cara con expresión a la vez dolorosa y cruel.) ¡Sería Sor Trinidad, Sor Trinidad, ¡qué bien! ¡Trini, Trini!

ANGELITA

TRINI

ANGELITA

Llámame Sor.
Eres injusta conmigo. No sonrías así... Preferiría verte llorar, Estamos sufriendo las dos inútilmente. ¡Qué no daría yo por verte dichosa! Debemos ser lo que hemos sido siempre. Un solo egoísmo no puede borrar toda nuestra vida de pena y de cariño juntas. Oyeme.

TRINI

(Enternecida.) No me hagas caso, estoy nerviosa; ya me conoces. Cástate y sé feliz. Me alegro como nadie de tu suerte; tú lo sabes.

ANGELITA

Trini, escucha... vamos a hablar con el alma, como se habla una sola vez en la vida... Mirame a los ojos y responde: ¿tú estás enamorada de Antonio?

TRINI

¿Yo?... No.

ANGELITA

¿Tú has estado enamorada de Antonio?

TRINI

Tampoco; te lo juro.

ANGELITA

Pero te habías figurado que venía por tí, ¿verdad?

TRINI

Sí, eso sí. ¡Qué importa! ¡Me he llevado tantos chascos en la vida! Pero de este me alegro. Si sólo una de nosotras ha de casarse, ¿por qué no has de ser tú? (Mirando al retrato de la abuela.) Yo creo en el destino de las personas.

ANGELITA

Quiero proponerte una cosa; para eso sólo quería hablarte. ¿No hemos vivido sin separarnos un solo día? En el colegio recibimos juntas los primeros insultos; luego, juntas también, cuando nos hicieron mujeres, hemos soportado las bur-

las, las desilusiones... hemos llorado juntas por lo mismo. Nosotras no somos dos hermanas cualquiera, Trini; somos dos hermanas gemelas por la desgracia.

TRINI

¡Oh, Angelita!

ANGELITA

Oyeme sin emocionarte... Si nos ponemos así, no podré decírtelo. Yo acabo de hacer por tí, lo que tú hubieras hecho por mí... ¡Perdóname no haberlo hecho antes!... Acabo de escribirle a Antonio devolviéndole su palabra.

TRINI

¡Ah!...

ANGELITA

Ya estamos iguales otra vez.

TRINI

No, no; eso no debe ser. En esta casa siempre están dispuestos a sacrificarse y por eso no hemos sido nosotras felices. Desde chicas nos decían que evitáramos, que huyéramos cuando se metían con nosotras. ¡Quizás si entonces hubiéramos arrancado algunas trenzas!... Yo odio el sacrificio, me gusta luchar, ser fuerte... ¿Por qué habías de renunciar a Antonio? Ya te he dicho que nunca he estado enamorada de él, mientras que tú le quieres: es el hombre hecho para tí.

ANGELITA

Si no lo quisiera no habría sacrificio. Inventaré un pretexto y nadie sabrá nunca por qué se deshace mi boda, ni siquiera mamá. Será un secreto entre tú y yo... Dime que sí.

TRINI

(Abrazándola.) ¡Qué buena eres!... Ese sacrificio sería darle gusto a Valleclaro, a nuestro enemigo... No; júrame que, pase lo que pase, te casarás... Tú has encontrado, como mamá, un hombre de corazón que te haga dichosa. Déjate de escrúpulos y sé feliz.

ANGELITA

¿Por qué ha de pagar una sola la culpa ajena?

TRINI

Yo seré también dichosa, o intentaré serlo... de otro modo. Hay más mundo que

- Valleclaro... ¡Si hubiéramos podido dejarlo para siempre juntas!...
- ANGELITA Y así debe ser: que sigamos yendo por la vida como siempre, sosteniéndonos la una a la otra.
- TRINI (Rebelándose.) ¿Como dos enfermas? ¿Como dos inválidas? No, no, Angelita. Debemos luchar juntas o separadas, pero luchar; es estúpido eso de creer que somos dos víctimas: somos dos mujeres, y hay que luchar, hay que vencer. Yo lo tengo resuelto.
- ANGELITA Me das miedo, Trini; te han brillado los ojos de un modo... Dime que no vas a hacer nada grave.
- TRINI No; nada, nada.
- ANGELITA ¿De veras?
- TRINI De veras... Es que me exalto, que... (Con brusca transición.) Es precioso el vestido: mañana lo cortaremos si quieres. Voy a dentro.
- ANGELITA Dime antes que no volverás a estar seria conmigo. ¡Si vieras los días que he pasado!... Tú no sabes lo que te quiero.
- TRINI Tonta... A que te doy un beso como cuando éramos chicas, ¿te acuerdas?
- ANGELITA Sí, en el colegio, como no teníamos con quién jugar, jugábamos a que no éramos hermanas, sino amigas que nos queríamos mucho, y al separarnos para irnos cada una a nuestra clase nos dábamos un beso muy largo, como si nos fuéramos a separar de veras.
- TRINI Un beso así... así. (Las dos hermanas se abrazan conmovidas. Es un beso aún más largo que aquellos de cuando eran niñas, henchido de amargura, porque Trini pone en él toda su certidumbre y Angelita una ternura que, sin que ella se dé cuenta, está sobresaltada por el presentimiento; es un verdadero beso de adiós... De pronto se oye ruido de alguien que llega y las dos caras se separan, queriendo, en vano, ocultar

las huellas de la turbación. En la puerta del fondo acaba de aparecer ANTONIO HIDALGO.)

- HIDALGO He leído tu carta, y no me explico... ¿También tú con crisis de nervios? Vengo corriendo. Peregrina me dió la llave. No le haga caso, Antonio, y rompa esa carta.
- TRINI
- HIDALGO (Sonriente a Angelita.) ¿La rompo?
- ANGELITA No, sí... es decir... Desgraciadamente tengo que sostener algo de lo que te he escrito en ella: por lo menos nuestra boda tiene que retrasarse. Hemos de hablar y...
- HIDALGO No es posible; yo no puedo tomar eso en serio.
- TRINI Si usted la quiere, debe adelantar la boda en vez de retrasarla. Esté seguro de que ella ha de hacerlo feliz, de que lo adora...
- HIDALGO (A Angelita.) Tú has llorado, ¿verdad?... Háblame; no es posible que te complazcas en tenerme intranquilo... Anda... ¿Qué ha pasado, Trini? (Mientras Hidalgo avanza hasta el primer término, y se inclina hacia su novia para hacerla hablar, Trini, lentamente, cautelosa y resuelta, ha salido por la puerta del fondo. Cuando Hidalgo se vuelve para preguntarle, no está ya en escena.) ¿Ves, ves? Nos deja solos para que me aclares esas cosas terribles que te pasan. Vamos a ver: ánimo, Angelita; ha llegado la hora tremenda de las explicaciones.
- ANGELITA No lo tomes a risa.
- HIDALGO Pero, ¿qué te pasa?
- ANGELITA Que soy la mujer más desgraciada del mundo.
- HIDALGO ¿Nada menos? Las mujeres sois vanidosillas hasta en eso: tenéis que ser las más felices o las más desgraciadas del mundo... ¡Y precisamente hoy, que traía yo

- tan buenas noticias! Vamos, respóndeme: ¿es que ya no me quieres?
- ANGELITA Tú sabes que Trini ha dicho la verdad: te quiero, te quiero muchísimo.
- HIDALGO Trini ha dicho que me adorabas, que es algo más... (Al verla sonreír.) Y adorándome tú, riete de los anónimos de Valleclaro. Como no secuestren al novio o a la novia, habrá boda, y la habrá en octubre.
- ANGELITA No es eso, oye.
- HIDALGO Porque yo no creo que, de aquí a allá, vayan a matarme de un mal golpe: soy precavido, y hace casi tres meses que no me pego con nadie.
- ANGELITA ¿Por qué bromeas?
- HIDALGO Si hablo en serio, mujer, si soy el hombre más serio del mundo, como dirías tú... Además; tu archivero no habla sin textos: aquí tienes la prueba. (Saca un cuadernito del bolsillo.)
- ANGELITA ¿Qué es?
- HIDALGO Nada menos que la historia de nuestros amores, contada por efemérides. La estaba escribiendo para que nos riéramos después de la boda; pero en vista de que dudas... Verás, verás: «Veinte de abril. Se rompen las hostilidades: duelo a puñetazos con el marquesito; yo un ojo a la moda y él... ya sabes. Dos de mayo. Batalla campal en la alameda: el marquesito Baraona y tres limpiabotas alquilados contra mí; me cubro de gloria y de chinches; los hago huir y tengo un dos de mayo para mí solo».
- ANGELITA ¡Qué loco eres!
- HIDALGO Y sigue la lista hasta veinte hechos de armas: bastonazos, actas y el duelo con Rodríguez en el camino viejo... ¡Y que después de conquistar nuestra felicidad a fuerza de puños y de corazón, me resultes la mujer más desgraciada de todo el sistema planetario!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

- ANGELITA Eres muy bueno, Antonio, y yo creo que no te enfadarás cuando te diga la causa de mi carta; cuando sepas...
- HIDALGO Acaba...
- ANGELITA Es por Trini... ¿Tú no comprendes?... Yo no quiero, no puedo casarme dejando a mi hermana desamparada. Había entre nosotras uno de esos pactos sin palabras y yo lo he olvidado, he sido egoísta.
- HIDALGO Vamos, no te pongas así.
- ANGELITA Casarme, sería por mi parte una traición, sí. Yo comprendo que eso te enfada, pero...
- HIDALGO Si no me enfado: casi al contrario, mujer. Yo sabía que eras muy buena, y ahora la idea de ese sacrificio te enaltece aún más a mis ojos. Casi estoy por enternecerme... Está bien, muy bien.
- ANGELITA Figúrate mi dolor: ¡retrasar nuestra boda hasta Dios sabe cuándo!
- HIDALGO Pero está muy bien... en teoría. Hay que ver antes adonde conduce el sacrificio y si puede evitarse. Seguramente hay más de un medio: déjame pensar. (Angelita sigue con el alma en la mirada los gestos de Antonio.) Tú me dirás si me equivoco; a ver, vamos por orden: Trini no es envidiosa, y, además, no nos hagamos ilusiones: ¿soy yo un tipo envidiable?
- ANGELITA ¡Antonio!
- HIDALGO Luego no es por ahí. Lo que tiene Trini es que está amargada, que cree que no se casará y que tendrá que pasar su vida en Valleclaro, es decir, en Chismópolis, en Envidiópolis, en Pequeñópolis... Ergo yo, que te quiero a ti con toda el alma y que soy una persona decente, debo impedir que esta ciudad roñosa y cominera descarríe la vida de Trini, que puede ser madre admirable: *mater admirabilis*.
- ANGELITA ¡Oh, Antonio!
- HIDALGO No dirás que no hablo como un libro.

- ANGELITA No; si es que...
- HIDALGO Entonces, vaya si habrá boda. Verás, verás tú si yo soy capaz de conseguir de don Federico lo que ninguno ha conseguido; él mismo me dijo, el primer día que vine a esta casa, que yo tenía algo de don Quijote... ¡Con lo que va a gustarme a mí figurarme que no sólo me he casado contigo, sino que me he casado con vuestra casa, con vuestra causa... contra Valleclaro! (Yendo a la puerta de la izquierda.) ¡Trini! ¡Trini!
- ANGELITA Oye antes; ¿qué vas a decirle?
- HIDALGO Ya verás... Lo que ella teme es no encontrar nunca quien le tienda una mano para salir de aquí: yo voy a ofrecerle las dos mías, que valen más que las de El Manitas y las de tu primo Soler, que son sus consejeros. (Llamando de nuevo.) ¡Trini! ¡Trini! (DOÑA ANGELES acude por la puerta de la izquierda; antes de que aparezca, se oye su voz:)
- ANGELES ¿Qué hay, Angelita?
- ANGELITA No es a ti, mamá: era a Trini.
- ANGELES ¿Cómo a Trini? (Ya en escena.) Buenas tardes, Antonio.
- HIDALGO Muy buenas. He venido sólo un minuto; no me riña.
- ANGELES ¿No estaba Trini aquí contigo, con ustedes?
- HIDALGO Sí, hace un momento; me parece que entró.
- ANGELES Pues estará en su alcoba. (A Angelita.) Llámala.
- ANGELITA Voy, sí... ¡Dios mío! (Sale muy turbada por la izquierda.)
- ANGELES Es que está estos días un poco malucha, y se habrá echado a descansar un rato; cosas de chicas... Pero, siéntese.
- HIDALGO Estoy muy bien.

- ANGELES Federico acaba de levantarse de la siesta, y va a marcharse a su tresillo.
- HIDALGO Eso de hacer siempre la misma vida...
- ANGELES El dice que la vida es una noria. Yo creo que lo peor que pueda pasarle a un hombre es tener una rentecita que lo libre del todo de la miseria. Cuando no se tiene nada, el hombre hace más. ¿No le parece a usted? (ANGELITA vuelve muy azorada.)
- ANGELITA ¡Mamá, mamá!
- ANGELES ¿Qué hay? ¿Por qué vienes así?... Habla, por Dios.
- ANGELITA Que Trini no está en su habitación.
- ANGELES ¿Qué dices?... No puede ser. Estará en otra parte.
- HIDALGO ¡Calmate... ¿Estás segura?
- ANGELITA La he buscado por el comedor, por el gabinete, por todos los rincones, y no está... no está.
- ANGELES ¿Que no está?
- ANGELITA Ni en el cuarto de papá tampoco.
- ANGELES No me asustes... Sin duda no has mirado bien. A lo mejor estará por este lado. (Yendo, ya emocionada, a la puerta de la derecha, por donde sale.) ¡Trini! ¡Trini!... Vamos, no hagas la gracia de esconderte... ¡Trini!...
- ANGELITA ¡Ay, Antonio; se ha ido, se ha ido!
- HIDALGO Espera, no te pongas así.
- ANGELITA Si yo debí comprenderlo... ¡No me lo perdonaré nunca!... Ahora lo veo claro como el agua. ¡Me dijo unas cosas!...
- ANGELES (Entrando de nuevo.) Tampoco está.
- ANGELITA ¿Lo ves? Ese maldito profesor y el primo Soler nos la han robado.
- ANGELES ¡Mi pobre hija!
- ANGELITA ¡Le habrán metido en la cabeza lo de ser artista!
- ANGELES Mi pobre hija... ¡La más desgraciada!
- ANGELITA Calla, no grites; que no te oiga papá.
- ANGELES ¡Quién iba a pensar!

- HIDALGO Tranquílcese usted ; no se saca nada con desesperarse.
- ANGELES ¿Y quién se lo dice ahora a tu padre?
¡Qué escándalo, Dios mío!
- ANGELITA ¡Ya tiene Valleclaro lo que quería!
- ANGELES Si antes nos han hecho sufrir sin motivo,
¿qué será ahora?
- HIDALGO ¿Y qué les importa a ustedes la opinión de este pueblo? Es tal el terror que le tienen, que, en lugar de preocuparse por la suerte de Trini, la idea de lo que el pueblo piense puede más y les sube antes a la boca.
- ANGELES Tiene razón... ¡Mi pobre hija!
- HIDALGO Yo no temo por ella, ya ve usted, pero aún temo menos por lo que diga el pueblo. Trini sabrá guardarse... y nosotros debemos saber guardarnos también. ¿Qué le deben ustedes a Valleclaro para temerle tanto? Lo que hay que resolver ahora es nuestro y no de Valleclaro. Que escandalicen, que digan lo que quieran. (Ha sonado el timbre de la puerta y una momentánea luz de esperanza brilla en todas las caras. Antonio sale a abrir. Doña Angeles y Angelita quedan sollozando.)
- ANGELITA ¿Será ella?... ¡Que Dios haga el milagro!
- ANGELES No me lo hará... Sería demasiada dicha para mí. Hasta tengo miedo de mirar por si no es...
- ANGELITA Calla.
- ANGELES ¡Mi pobre hija!... ¡Mi pobre hija!
- (Por el fondo entran HIDALGO y PEREGRINA)
- ANGELITA (Ansiosa.) ¿Qué?
- HIDALGO (A doña Angeles.) Vaya, cálmese usted... Ya vé como si le ha hecho el milagro Dios.
- ANGELES ¿Dónde está?
- ANGELITA ¿Está ahí?
- PEREGR. No se ponga así... Aquí está... Pero no

- me la ha de reñir... Yo sé lo he prometido.
- ANGELITA ¡Trini! ¡Trini!...
- ANGELES ¡Hija! (Sin querer oír más, doña Angeles y Angelita salen por el fondo. Se oye la efusión de sus voces y de su llanto al abrazar a Trini.)
- PEREGR. ¡Si a usted y a mí nos hubieran dejao tirar a esos granujas a la calle!...
- HIDALGO ¡Las pobres!
- PEREGR. Vamos, vengan.
- (Entran TRINI, ANGELITA y DOÑA ANGELES; vienen casi abrazadas. La dicha de haberla recobrado no deja casi lugar a los reproches.)
- TRINI ¡Ay mamá, mamá!
- ANGELES Nunca lo hubiera creído de ti.
- ANGELITA No la angusties más. (A Trini.) Cálmate.
- PEREGR. Que no vaya a oírlas el señor.
- TRINI Yo no me iba para nada malo, sino para vivir de mi trabajo, para salir de aquí... En todas partes se puede ser digna.
- ANGELES ¡Tú no conoces el mundo!
- PEREGR. Han sido esos que nos la llenaron la cabeza de maldá.
- TRINI ¿Habéis leído mi carta?... ¡Y pensar que si mi Peregrina no me coge, ahora estaríamos lejos, muy lejos!... ¡Lo que os he hecho sufrir!
- ANGELITA ¡Trini!...
- ANGELES Hija... ¡Me parece mentira volverte a tener!
- PEREGR. Vamos, ha sido como un mal sueño.
- HIDALGO ¿Usted dónde la encontró? ¿Cómo fué?
- PEREGR. Yo andaba escamá desde hace tiempo y me pasaba los días vigilando y hasta tenía pagao a uno de la estación: Perico, el que corta los billetes. Pero ha sido casualidad pura, porque los endjnos tenían preparao un automóvil pa llevársela.
- ANGELES ¡Hija de mi vida!
- PEREGR. Yo me venía pa acá, cuando al revolver del Carmen me la veo que iba pa el

atrio... El corazón me dió un vuelco en salva sea la parte, y me fui a ella, la coji del brazo y... En seguida se me echó a llorar la paloma y me lo contó tóo... ¡Nos la habían embobao! ¡Lo que siento es que nos vieron abrazás como unas Madalenas, y que ya se sabrá en tóo el pueblo!

TRINI ¡Qué va a decir papá!

HIDALGO Lo que debíamos hacer es lo mismo que pensaba, Trini, pero todos juntos.

PEREGRI. ¿Que nos vamos a meter tóos al teatro?

HIDALGO Irnos a Madrid en todo caso, sí... y si ella quiere ser allí bailarina, que lo sea. Ser bailarina o coupletista no es ya deshonroso más que en Valleclaro; ya no hay género chico ni infimo; los intérpretes crean los géneros cuando tienen talento... Pero hay que entrar por la puerta principal, Trini, y no por la escalera del servicio, exponiéndose a ser confundida... Lo dicho: hay que irnos todos a Madrid... (Ante el gesto de extrañeza de Peregrina.) A no ser que usted quiera quedarse aquí con el primo Soler.

PEREGRI. ¡Pa el infierno iba yo con tal de no verlo!... (Señalando a Trini.) Mie usté como se le alegra la cara... ¡Ríete de una vez, tonta!

ANGELITITA ¡Irse a Madrid!

ANGELES ¡Si tu padre supiera!

TRINI Con tal de que lo lograríamos, soy capaz yo misma de decirselo...

ANGELITITA Habrá que oír dónde pone el grito.

HIDALGO Lo pondrá en Madrid, que es donde hace falta... ¿No pensábamos irnos cuando nos casáramos?... Pues nos vamos en seguida. Allí tengo trabajo; y si tu padre no quiere aburrirse, también; ahora ni le queda ese pretexto. Una vez me dijo que si encontrara...

ANGELES El lo dice, pero...

TRINI A papá no hay quien lo arranque de su

tertulia... que son los padres de los mismos que nos insultan a diario.

ANGELES ¡Ese tresillo!

PEREGRI. ¡A tó el que cogiera una baraja en la mano y no fuera pa jugar a la brisca, lo mandaba yo afusilar!

HIDALGO ¿Pero les parece a ustedes serio eso de hacer del tresillo de don Federico una muralla de la China? Hay que saltar sobre esa muralla. Hoy yo mando aquí; mamá, perdóneme... Y mando, porque soy el único que no está asustado por Valleclaro... Ahora mismo entra usted y le cuenta a don Federico lo que pasa y lo que yo le he dicho... y le recuerda su promesa.

ANGELITITA Eso es, mamá.

TRINI Cuéntale todo... Dile que desde hace tres meses me estaban embaucando, que ya estaba arreglado el debut. Dile que si viene aquí y no está para decirme al mismo tiempo que me riñe, que nos vamos a Madrid, soy capaz de tomar sublimado.

PEREGRI. Y yo rejalgar.

HIDALGO Vaya usted.

ANGELITITA Aprovecha el entusiasmo, si no...

ANGELES Voy... Un hombre tan bueno, tan dulce, y... ya ven... Casi no me atrevo.

HIDALGO ¿Quiere que vaya yo?

ANGELES (Con visible esfuerzo.) No... Entrad en seguida si llamo. (Sale por la izquierda.)

TRINI Mamá no lo convence.

ANGELITITA Es que es muy fuerte lo que va a decirle. (Se oye un timbre.)

PEREGRI. ¡Anda Dios!

ANGELITITA Sí que es oportunidad.

HIDALGO ¿Quién será? Hay que decir que no está nadie.

TRINI ¿Qué hora es? Si son ya las siete y media, debe de ser el primo Soler, que me dijo que vendría.

- PEREGRI. ¡Ese va a saber hoy quién es Peregrina!
TRINI. Habíamos quedado en que si no podía ser hoy, yo me pondría este prendedor en el cuello para que él supiera que entonces iría mañana a la hora de misa.
- PEREGRI. ¡Qué tío!
HIDALGO. Pues póngelo, anda.
ANGELITA. No lo creo capaz de atreverse a venir.
HIDALGO. Ese es capaz de todo.
PEREGRI. Usted lo conoce. (Vuelve a sonar el timbre. Peregrina avanza con ademán airado hasta la puerta del fondo, pero Hidalgo la detiene.)
- HIDALGO. Quieta... Si es Soler me lo deja usted a mí... Y vosotras, ni una palabra. Ve a abrir, Angelita. (Angelita sale por el fondo.)
- PEREGRI. Es que yo no me voy de aquí sin cobrarle en palos tóo lo que me ha hecho renegar.
- TRINI. El es.
HIDALGO. (Al ver el gesto belicoso de Peregrina.) Vaya usted para adentro a ayudar de convencer a don Federico... Hoy no se trata de pelear, sino de reír... y si hace falta echarlos escaleras abajo, yo me basto... Anda. (Hidalgo ha ido empujando hacia la puerta de la izquierda a Peregrina, y al volver encuentra ya a ANGELITA y a SOLER, que acaban de entrar por el fondo.)
- TRINI. ¡Hola!
HIDALGO. (Muy obsequioso.) ¡Adelante, primo Soler!
SOLER. Buenas tardes.
HIDALGO. Dale una silla al querido primo, Angelita.
SOLER. (Desconcertado.) Vengo únicamente por la guitarra que nos dejamos olvidada, y me voy en seguida.
HIDALGO. ¿Conque viene usted por esa joya que creo que ha costado más que un automóvil? Me han dicho que su amigo la heredó de Tárrega.

- SOLER. Es la compañera de su vida, supóngase... No se separa nunca de él.
HIDALGO. ¡Pobre guitarra! Ya debe de oler algo a aguardiente. (Angelita y Trini no pueden contener la risa. Soler, desde el principio de la escena, trata en vano de leer en el semblante de Trini, y le mira el cuello, donde aparece el alfiler.)
- SOLER. Pero ¿de qué te ríes?... (Al ver reírse también a Angelita.) ¿De qué os reís? Yo no creo que el señor Hidalgo haya tenido intención de hacernos reír.
- HIDALGO. Es usted muy sagaz, querido primo.
SOLER. Así, que esas risas...
HIDALGO. No hagáis moralizar al primo Soler, vaya ...
- SOLER. Es que si seguís riendo, me consideraré ofendido.
- HIDALGO. ¡Quién habla de ofensas!... Si alguien le ofendiera, no serían en todo caso ellas que se ríen, sino yo, que por lo visto soy muy gracioso y las hago reír.
- SOLER. Usted sabe que yo soy un caballero, y que los caballeros cuando se les provoca...
HIDALGO. ¡Vamos, hombre!... Déjese usted hoy de bromas y de desafíos. ¡Tendría gracia ver a dos parientes tan cercanos como nosotros, yendo a buscar padrinos para desafiarse!... Y que yo, como no soy amigo aquí de nadie, tendría que echar mano de El Manitas y de cualquier chofer de automóvil para que me apadrinaran. (Nuevas risas de Angelita y Trini.) ¡Haced el favor de no reiros, que va a ofenderse!
- SOLER. Yo sabré cómo he de resolver esto: no es aquí el sitio más a propósito. (A Trini.) Haz el favor de la guitarra, tú.
- HIDALGO. Se la dará Angelita... Trini acaba de hacerse sangre en una mano al ir a prenderse en el cuello el alfiler. (Nuevas risas.)
- SOLER. Reíos, reíos... Cuando lo sepa tío Federico, él dirá si esto es modo de tratar a

un pariente. «A los tuyos con razón y sin ella», dice el refrán; y vosotras, en vez de eso, hacéis causa común con un extraño.

ANGELITTA (Indignada.) Antonio no es aquí un extraño, y si te permites andarle con desafíos o con amenazas, soy yo misma quien te va a echar a empellones.

HIDALGO Gracias por la defensa, nena; pero no hace falta. El primo Soler tiene razón... ¿Qué va a decir don Federico cuando sepa todo lo que ha pasado? Aquí viene precisamente... Cuénteselo usted todo, sin omitir nada, querido primo.

SOLER Es que tengo un amigo abajo y...

HIDALGO ¡No importa, hombre... cuénteselo! Ya está aquí. (Soler sale precipitadamente e Hidalgo se asoma a la puerta del fondo para decirle aun:) No, hombre... espérela... espérela. (Angelita y Trini ríen a carcajadas. De pronto aparece en la puerta DON FEDERICO y las risas cesan. Viene pálido, trémulo, y al principio habla con esa serenidad sombría que a veces precede a las grandes crisis del alma. Detrás de él, llorando, vienen DOÑA ANGELES y PEREGRINA.)

FEDERICO Silencio... No es hora de llorar...*(A Trini.) Acabo de saber por esta carta tuya y por lo que me ha dicho tu madre, que has querido marcharte de casa... Está bien. Sin duda nuestros desvelos y nuestro cariño no son bastantes para ti. Gracias, hija.

PEREGRINI. No le hable así, señor.

TRINI ¡Perdón, papá!

ANGELES (Suplicante.) Federico...

PEREGRINI. Ha sido el primo del señorito, que es un descastao...

FEDERICO Yo encontraré a ese Judas. Puedo ser distraído y tardar en darme cuenta de las cosas, pero sé también vengar las ofensas, querido Antonio... Si aquella vez me

hice el desentendido con el marquesito, fué atendiendo a ruegos de todos; pero ahora...

ANGELES ¡Por Dios, Federico!

FEDERICO (A Trini.) Toma tu carta... Te la devuelvo para que un día no tengas que avergonzarte de ella...

TRINI Nada malo digo en ella, pueden leerla todos. (Angelita coge la carta y lee; doña Angeles lee también por encima de sus hombros; las dos están emocionadas.)

FEDERICO Puedes ser bailarina, como dices; eres mayor de edad, y según la ley, ya que no según el corazón, no me debes cuentas.

ANGELITTA ¡Papá!... No hay más que ver su carta para sentir lo que nos quiere a todos... A todos nos pide perdón... Hasta a mí, y a Antonio y a Peregrina.

PEREGRINI. A ver, a ver dónde me nombra.

FEDERICO No sería mucho su cariño cuando nos dejaba.

HIDALGO No siga usted, porque va a contagiarse de la severidad injusta de su pueblo... ¿Me permite que le hable como si fuera ya el marido de Angelita?

ANGELES Sí, sí.

HIDALGO Su razón para reñir a Trini es relativa. No todo el mundo se resigna a ver malograrse la idea que se formó de su propia vida, por el patrón de la vida que le imponen los otros. Trini no se dejaba llevar: es que quería irse... Y puesto que me ha autorizado a ser franco, le diré que tenía razón.

FEDERICO No faltaba más.

ANGELITTA ¡Antonio!

HIDALGO Ese Judas, como usted dice, debe de ser para esta casa lo que fué el otro para el mundo y debe redimirla de una vez. Hay que irse, hay que aprovechar un solo escándalo y subir sobre él en lugar de dejar que nos aplaste. Si por temor al mo-

mentáneo desorden, o por no romper hábitos de largo tiempo, impone a su casa los sufrimientos de este nuevo escándalo—porque Soler ha de sembrar calumnias que caerán en terreno abonado;— si sigue aceptando ese trato, en apariencia afectuoso, conque a usted lo toleran, y que es por contraste una nueva ofensa a la familia, nosotros, sus hijos, podremos un día pensar que ha sido cobarde o egoísta. Hay que irse. Es absurdo creer que sólo en un sitio se puede vivir; hay que irse en seguida.

ANGELES Sí, sí.

FEDERICO No se desorganiza una vida así como así.

TRINI Esto no es una vida, papá.

ANGELITA Tú le habías ofrecido que si encontrabas algo que hacer fuera...

ANGELES Piénsalo bien.

FEDERICO Parece que soy yo el culpable... Hasta Trini me habla como yo debo hablarle a ella... ¡Sólo faltaba que dudarais de mi cariño!...

HIDALGO Pues aceptar es la mejor prueba... Nos crearemos en Madrid una vida de calma, una vida bien nuestra... Y si Trini quiere ser bailarina, que lo sea. ¿Por qué no? ¡Cuántos antepasados de nobles fueron matarifes o piratas! Es cuestión de siglo. Todo se mejora y se dignifica, y lo único indigno es resignarse a pagar culpas problemáticas... ¿Qué sabemos si esa señora fué culpable? (Señalando al retrato.) ¿Vivimos con ella? ¿Conocimos las razones de su corazón?... ¡Ea, a Madrid!... Allí también podrá usted jugar al tresillo, no crea.

FEDERICO Pero eso será darles la razón, ser más cobardes... ¡Yo también sé pegar y batiirme, y estoy dispuesto...!

HIDALGO Pegarse y batiirse... ¡Bah!... Yo tengo de eso una triste experiencia; no podrá

usted en un año, hacer y soportar los chichones que yo en cuatro meses; pero se cansa uno...

ANGELITA ¡Eso no es vivir!

HIDALGO Para que vea usted: esta mañana estaba yo tan contento con las noticias de Madrid, que no me podía estar quieto en casa, y me puse a ensayar unas carambolas en el Casino... En seguida se formó el consabido grupito y empezaron las indirectas. Yo pensaba: «¡Que no me estropeen el día, que me dejen terminar mis cincuenta en paz!»... Y no fué posible: a las cuarenta y cuatro, una de las cuchufletas fué demasiado fuerte... y tuve que hacer carambola en la cabeza de uno del grupo.

FEDERICO ¡Es mucho Valleclaro!

ANGELES ¡Al fin lo comprendes!

ANGELITA ¡No hay quién pueda con un pueblo entero!

PEREGRI. ¡Una bomba en cá casa había que tirar!

TRINI ¡Sí; hay que huir, huir!

HIDALGO Huir, no. Se huye de uno en uno; pero cuando se lleva el calor del hogar y la aspiración de una vida mejor, no se huye: es como si se trasplantara la casa... Hay que buscar otro clima moral, ni más ni menos que las golondrinas buscan el calor... No huimos, don Federico, volamos.

FEDERICO Tiene razón.

ANGELITA ¡Papá!

PEREGRI. Qué, ¿nos vamos o no?

FEDERICO (Con violencia.) ¡Nos vamos!

ANGELES ¡Gracias, Federico!

ANGELITA ¡Papá, papá!

TRINI ¡A Madrid!

PEREGRI. Sí. (Subiéndose en el sofá y descolgando el retrato de la abuela.) ¡Y la primera que viene con nosotros es la señora! (Hay risas y lágrimas; el telón cae rápidamente.)

FIN DE LA COMEDIA